



Mosanna

Comisión Arquidiocesana de Música Sagrada y Liturgia

Jueves Santo 2008

¿Qué celebramos el Jueves Santo?

En la tarde del jueves santo, como pórtico del Triduo pascual, celebramos la misa de la cena del Señor. En ella conmemoramos la cena que Jesús tuvo con sus discípulos antes de su muerte, su última cena. Jesús se había reunido con sus amigos para la cena pascual judía, el recuerdo anual que todos los israelitas hacían en la noche de la primera luna llena de primavera para celebrar la intervención de Dios en su historia cuando los libró de la esclavitud que les oprimía en Egipto. El pueblo de Israel antes de salir de Egipto abriéndose camino hacia la libertad, se reunió por familias para cenar cordero acompañado de verduras amargas y pan ázimo. Cada año los judíos repetían esta cena para revivir ese paso de la esclavitud a la libertad que aconteció hacia el año 1300 a.C.



Preparativos para la cena pascual de Jesús y sus discípulos

Jesús, como todos los judíos, celebraba cada año la cena pascual!. Veamos cómo el evangelista Lucas nos sitúa ante este suceso: *Llegaba el día de la fiesta de Pascua y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Id a prepararnos la cena de Pascua». Ellos le dijeron: «¿Dónde quieres que la preparemos?» Les contestó: «Cuando entréis en la ciudad, os encontrareis un hombre llevando un cantara de agua, seguidle hasta la casa en la que él entre y diréis al dueño de la casa: "El maestro pregunta dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con sus discípulos." Él os enseñará una sala en el piso superior, una sala grande ya dispuesta; haced allí los preparativos.»* (Lc 22,7-12)

La celebración de esta tarde nos invita a contemplar las manos de Jesús: las manos del servidor que lava los pies de sus discípulos... Las manos del salvador que ofrece el pan y el vino, signos de su vida entregada... Estas manos que serán, en pocas horas, clavadas en una cruz.

Los preparativos de la cena



Pedro y Juan, siguiendo las órdenes de Jesús, habrían ido a Jerusalén en busca del «hombre del cántaro». Tras encontrarlo y seguirlo hasta la casa, habrían comenzado a hacer los preparativos. El plato principal que debían adquirir para la cena era el cordero (de un año, macho y sin defecto), como cenaron sus antepasados en Egipto la noche previa a su salida. También tenían que preparar las tortas de pan sin levadura; al igual que el pan que comieron los israelitas al salir de Egipto, hecho sin levadura porque la salida fue tan precipitada que no tuvieron tiempo de ponerla en la masa y que fermentara. Tampoco podía faltar la ensalada de hierbas amargas ni el cuenco de vinagre en el que las mojarían; así evocarían la amargura y el sufrimiento del cautiverio que padecieron sus antepasados cuando vivían esclavos en Egipto. Además había que elaborar la salsa de almendras que, por su color rojizo, les recordaría que en Egipto sus antepasados trabajaban haciendo ladrillos. Y el último

elemento era el vino. También se necesitaba un gran cántaro de agua para las purificaciones rituales.

Tradicionalmente los judíos habían comido la cena de Pascua de pie, así la habían comido por primera vez en Egipto: de pie, dispuestos para marchar. Pero con la introducción de la cultura romana las costumbres habían cambiado: los romanos les habían inculcado que comer de pie era postura de esclavos y que las personas libres debían comer recostadas.

La cena pascual de Jesús y sus discípulos

Llegada la tarde del primer jueves santo, teniendo todo preparado, Jesús y sus discípulos se juntaron para cenar. Jesús esperaba ansioso ese momento. *He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer* (Lc 22, 15), les dirá antes de comenzar la cena; pues esa cena iba a ser el testamento que legaría a sus seguidores.

• *Un ritual establecido*

Comenzaron a cenar. La cena tenía un ritual propio con unas normas establecidas que debían seguir. No era una cena como la de un día cualquiera. Era la cena principal del año, en la que celebraban el paso de la esclavitud a la libertad por la intervención de Dios en favor de su pueblo. Todo judío debía celebrar esta fiesta.



La cena pascual de Jesús

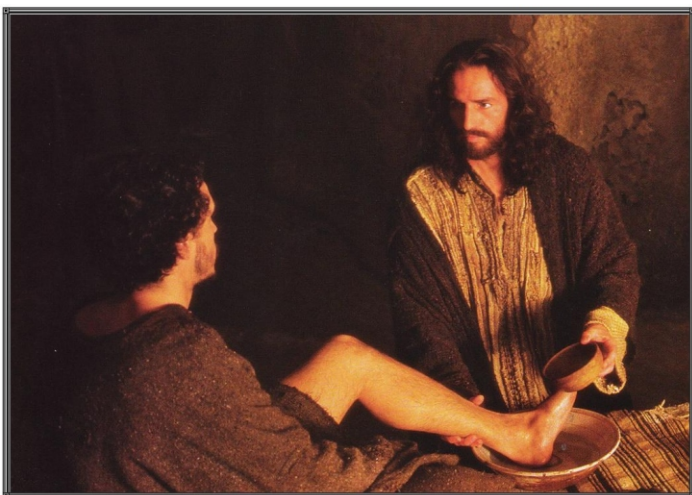
• La primera copa

La cena comenzaba con un «brindis». Todos llenaban sus copas de vino, bendecían a Dios y brindaban. Jesús y los discípulos así lo hicieron. Sin embargo en el ambiente se respiraba algo raro, se intuía que algo iba a pasar. Jesús mostraba cierta emoción y así lo manifestó nada más comenzar la cena, pues tomando en su mano la copa les dijo que ésta era la última vez que iba a beber del fruto de la vid: *Os digo que no beberé ya del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios* (Lc 22, 18).

• El relato del éxodo

Seguidamente, se narraba la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud. El más joven de la familia preguntaba qué era lo que estaban celebrando y el padre de familia explicaba cómo Dios les había sacado de Egipto donde vivían dominados por los egipcios, cómo Dios les había hecho un pueblo libre.

• El lavatorio de pies



El paso siguiente, según proponía el ritual, era lavarse las manos. Lo habitual hubiera sido que un criado se habría acercado a cada comensal con una palangana, una jarra con agua y una toalla. Fue en este momento cuando Jesús introdujo su primera modificación en el ritual de la cena pascua! No hubo esclavo o sirviente que hiciera esto. El mismo Jesús se ciñó la toalla a la cintura, tomó la jarra y la palangana y, arrodillado ante cada discípulo, comenzó a lavarles los pies uno a uno. Esto sorprendió a los apóstoles. ¿Qué estaba haciendo? Él era el maestro, más aún, el Mesías, el elegido de Dios. Y estaba haciendo un trabajo propio de esclavos. ¿Le habría dado un ataque de locura? En la descripción que el evangelista san Juan hace de este impresionante suceso, el mismo Jesús nos explicará su

sentido: *Vosotros me llamáis el maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.* (Jn 13, 13-15).

• La bendición y el reparto del pan

Continuó la cena y tocaba repartir el pan. El que presidía la cena, antes de distribuirlo entre los comensales explicaba el sentido de este pan ázimo por medio de un texto establecido (todos los textos que se decían estaban fijados, escritos; no se inventaban nada). Sin embargo, Jesús de nuevo introdujo un cambio en el ritual: *Tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros»* (Lc 22, 19). Los discípulos no saldrían de su asombro; esto era algo nuevo, algo incomprensible. Jesús había modificado el texto dando un nuevo valor y sentido al pan. Jesús lo había relacionado con su cuerpo y la entrega de su vida. Ese pan sin levadura ya no sería el pan de la aflicción que comieron los judíos en Egipto la noche que fueron liberados por Dios de la esclavitud, sino el cuerpo de Jesús, pan de vida eterna.

**Os he dado ejemplo
para que lo que yo
he hecho con
vosotros, vosotros
también lo hagáis.**

La cena pascual de Jesús

• La cena

Ya tenían vino y pan; podían comenzar a cenar. En primer lugar comían hierbas amargas impregnadas en vinagre y acompañadas de salsa de almendras. Después cenaban el cordero.

• La copa de la bendición

La cena concluía con una oración de acción de gracias y con la copa de la bendición. Habían comenzado brindando y terminaban también brindando. Tras llenar la copa con vino se hacía una extensa acción de gracias, y finalmente se la bebían. Una vez más Jesús introdujo una novedad en el rito establecido: *De igual modo, después de cenar, tomó la copa y dando gracias, se la dio diciendo: «Bebed todos de ella porque esta es la nueva alianza en mi sangre que será derramada por vosotros.»* (Lc 22,20). Jesús había dado un nuevo significado y valor a la copa de la bendición: era su sangre derramada.

Con la copa de la bendición y el canto de los salmos aleluyáticos la cena había concluido. Entonces, según nos dicen los evangelios, se marcharon a rezar al huerto de los olivos: *Después de cantar los salmos, salieron hacia el huerto de los olivos* (Mt 26,30).

La institución de la eucaristía

Aquella noche Jesús se había reunido con sus discípulos para celebrar la cena pascual, la fiesta que conmemoraba el paso de la esclavitud a la libertad del pueblo judío. Sin embargo, como hemos visto, Jesús modificó el rito establecido. El pan y el vino habían recibido un nuevo valor y sentido al relacionarlos con su muerte inminente: el pan partido y repartido entre sus amigos pasaba a ser su cuerpo entregado a la muerte (*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros* (Lc 22,19)); el vino compartido en la cena era su sangre derramada en la cruz (*Esta es la nueva alianza en mi sangre que será derramada por vosotros* (Lc 22,20)). Jesús, que muere en la cruz por amor, quiere dejar un signo permanente de este amor. Jesús quiere que su vida, entregada para que nosotros tuviéramos vida, invada hasta lo más profundo de nuestro ser para que nos transforme. Por eso nos deja como alimento, en el pan y el vino, su cuerpo y su sangre.



La cena pascual había sido transformada por Jesús, convirtiéndose en la celebración de su muerte, acontecimiento clave de la historia de la salvación, pues, como veremos al explicar el viernes santo, éste fue el camino elegido por Dios para restablecer la comunión con el género humano que el pecado había roto. Jesús había anticipado sacramentalmente lo que históricamente iba a acontecer en su crucifixión: la entrega de su vida para que nosotros tuviéramos vida verdadera. Así, en última cena, Jesús instituyó la eucaristía; Jesús modificó la cena pascual dándole su sentido definitivo. En esta nueva cena de Pascua Jesús es el cordero pascual que con su sangre. Sella las jambas y el dintel de nuestro espíritu para preservarlo del pecado.

La institución del sacerdocio

La institución del sacerdocio

Junto con la institución de la eucaristía debemos situar la institución del sacerdocio, conferido por Jesús a los apóstoles también en la última cena. *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19), les dijo. Con estas palabras inaugura un nuevo sacerdocio, cuyo objetivo fundamental es presidir la nueva cena pascual -la eucaristía- en nombre de Jesús, único sacerdote, y que así, a lo largo de la historia, se haga presente y se actualice la entrega de su vida en la cruz para restaurar la comunión entre Dios y el género humano. Este sacerdocio sustituye al sacerdocio del Antiguo Testamento. El pueblo judío contaba con sacerdotes, hombres dedicados al culto y al servicio del templo. Su función consistía en ofrecer diariamente sacrificios de animales a Dios para interceder por los pecados del pueblo (cf. Hb 5,1; 8,27). De este modo intentaban restaurar la comunión con Dios rota por el pecado.



Sin embargo fue Jesucristo quien ató de una vez para siempre los vínculos de amistad entre Dios y la humanidad. Pero tuvo que pagar un precio muy elevado para conseguirlo: su vida. A partir de entonces ya no era necesaria la sangre de animales como ofrenda a Dios, pues en la cruz se había consumado el sacrificio supremo y definitivo: el propio Hijo de Dios había muerto por la salvación del mundo. Cristo es sacerdote y víctima al mismo tiempo: sacerdote, pues es él quien ofrece el sacrificio; víctima, pues se ofrece a sí mismo. Es en la última cena donde Jesús encarga a sus apóstoles que este acontecimiento se siga actualizando por medio del sacramento de la eucaristía, para que su vida entregada en la cruz esté presente y operante en cada persona.

El mandato nuevo: amaos los unos a los otros

En la sobremesa de la última cena, Jesús les dio su discurso de despedida. Eran los últimos momentos que iba a estar con sus discípulos y quería dejarles en sus últimas palabras su testamento. En ellas sintetiza todo el mensaje que a lo largo de tres años de convivencia les había transmitido; mensaje que se resume en una palabra: amor. Su mandato principal es éste: *amaos los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 13, 34a). Pero no habla de cualquier tipo de amor, sino de un amor sin adjetivos, sin condiciones, sin límites; el verdadero amor. Se trata de amar a fondo perdido, sin esperar nada a cambio, sin exigir nada a cambio. Se ama sólo porque Jesús nos lo ha pedido, y la medida del amor es el modo como Jesús nos ha amado: hasta el extremo, hasta dar la vida. Jesús mismo es la fuente de este amor que debemos irradiar a los demás y en la eucaristía, signo de su máxima expresión de amor, nos da como alimento su cuerpo y su sangre para sostener y acrecentar su amor en nosotros. Así, la señal que nos identifica como seguidores de Jesús, es el amor. *En esto conocerán que sois discípulos míos, en el amor que os profesáis los unos a los otros* (Jn 13,35).



El lavatorio de los pies



• *El lavatorio de pies, manifestación del amor*

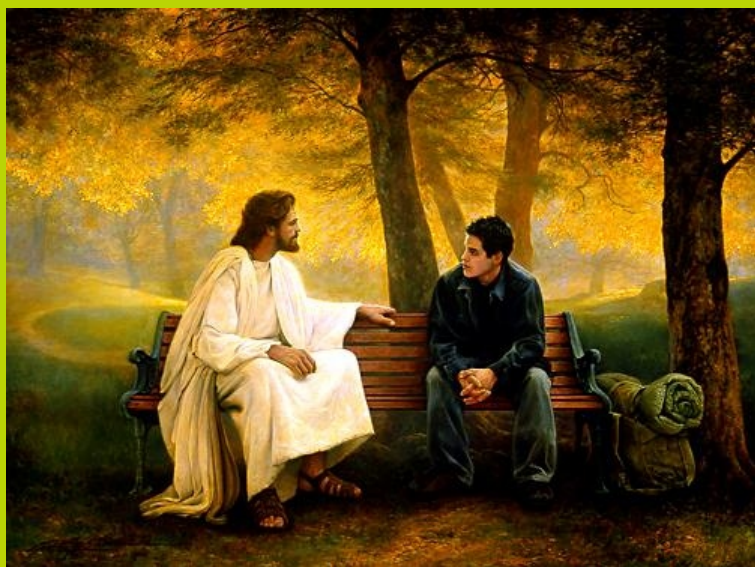
Junto al amor, debemos también situar el servicio. Es éste un signo esencial del mandato nuevo pues por medio del servicio a los demás, que es visible, demostramos el amor que les profesamos, que es invisible.

Durante la cena, según relata san Juan en su evangelio (cf. Jn 13, 1-15), Jesús lavó los pies a sus discípulos. Con este gesto, Jesús quiso significar que el servicio debe caracterizar a sus seguidores y que está estrechamente unido con la eucaristía: comulgar el cuerpo y la sangre de Jesús debe llevarnos a ser servidores de los demás.

Jesús quiere que sus discípulos aprendan bien la lección, pues no la tenían muy clara según habían demostrado con su proceder. Recordemos si no lo que había sucedido días antes, de camino a Jerusalén, cuando Jesús les hablaba del reino de Dios. Los discípulos le escuchaban decir que iba a instaurar el reino de Dios y pensaban que ese reino se regía por los criterios del mundo, que

sería un reino de poder y dominación. Por lo que entre ellos discutían quién sería el más importante en ese reino (cf. Mc 10,35-44; Lc 9,46-48).

Jesús les quiere enseñar que su reino no se rige por el poder sino que se regula por la dinámica del servicio: *Yo no he venido para que me sirvan sino para servir* (Mt 20,28). Y Jesús, lavando los pies, predica con el ejemplo. Sus seguidores deben ser servidores los unos de los otros, deben negarse a sí mismos, a sus deseos, para darse a los demás. En el reino de Dios el mayor es el que más sirve.



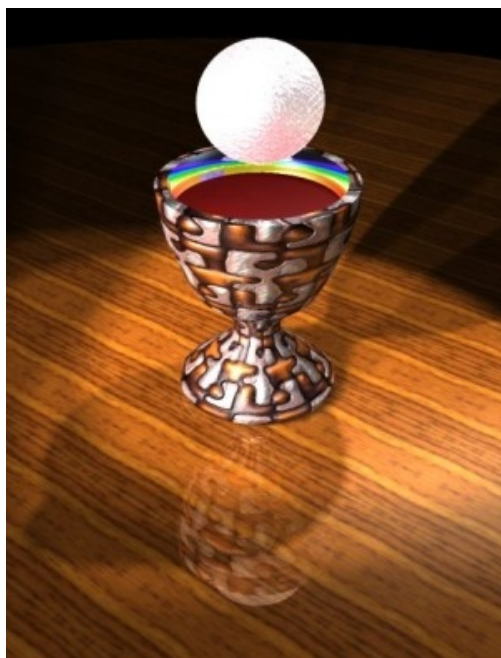
Grabad fuerte mi signo en vuestra frente,
tatuaje en vuestras manos, vuestros
brazos,
multiplicad los besos, los abrazos,
con aroma de nardo en el ambiente.
Un toque al corazón, que sea ardiente,
que rompa mezquindades en pedazos,
llenaos de divinos embarazos,
entrañad mi señal en vuestra mente.
Mi señal es amor hasta la muerte,
rosa en cruz, cruz rosal de vuestra vida,
un amor como el mío, lo más fuerte,
fuego y luz, una entrega sin medida,
mi señal es la cruz, vida entregada,
Común unión de hermanos consumada.

Misa de la cena del Señor

La misa de la cena del Señor es la primera celebración del Triduo pascual. Tiene lugar en la tarde del jueves santo y, en ella, se conmemora la última cena de Jesús, el momento en el que Jesús modificó el significado de la cena pascual judía, instituyendo la eucaristía.

Estructura de la misa de la cena del Señor

Al atardecer del jueves santo, en la hora más oportuna, se celebra la misa de la cena del Señor. Esta celebración mantiene la estructura habitual de la eucaristía (ritos iniciales, liturgia de la palabra, liturgia eucarística, rito de conclusión) aunque cuenta con algunos elementos propios que la singularizan, diferenciándola así de cualquier otra misa.



En primer lugar, mientras se canta el «Gloria a Dios en el cielo», repican las campanas de la iglesia.

El segundo de los elementos característicos de esta misa es el lavatorio de pies: después de la homilía, el presidente de la celebración, lava los pies a doce varones.

El tercero de los ritos exclusivos de esta eucaristía es la reserva solemne del santísimo sacramento. Tras la oración que sigue a la comunión, se traslada de forma solemne el santísimo sacramento hasta el lugar donde se va a reservar. Se omite la bendición y la despedida, invitando a los fieles a que hagan un tiempo de adoración de este sacramento durante la noche; aunque pasada la media noche se hace sin solemnidad.

Terminada esta celebración se desviste el altar hasta la vigilia pascual. También se quitan, o si esto no es posible, se tapan, las cruces de la iglesia. La vestimenta que se emplea en esta celebración es de color blanco.

Pasado, presente y futuro de la eucaristía

La oración colecta, la oración sobre las ofrendas y la oración después de la comunión nos ofrecen la dinámica temporal de esta celebración: acontecimiento del pasado que recordamos para hacerlo presente pero que sólo será pleno en el futuro. El presente es continuidad con el pasado y anticipo del futuro.

Misa de la cena del Señor



• Oración colecta (pasado)

La primera de las oraciones que rezamos, denominada oración colecta, aporta el sentido de la celebración: *hemos sido convocados para celebrar aquella misma cena en la que Jesús confió a la Iglesia el banquete de su amor*. Desde el comienzo queda claro que en la misa vespertina del jueves santo recordamos un acontecimiento del pasado: la última cena de Jesús. Para lo cual repetimos los mismos gestos y palabras que Jesús hizo y dijo aquella noche en el cenáculo, tal y como él lo mandó.

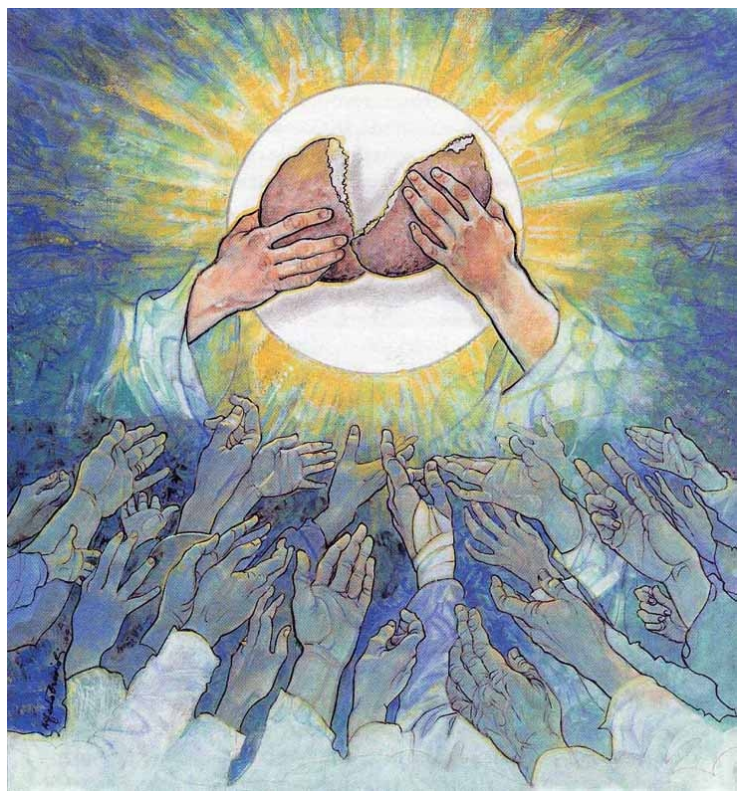
• Oración sobre las ofrendas (presente)

La celebración eucarística actualiza la salvación que Jesús nos trajo por medio de su muerte en la cruz. La eucaristía es, por tanto, la renovación de un acontecimiento del pasado para actualizarlo eficazmente en el presente. No se trata simplemente de un recuerdo, a modo de aniversario, sino de un memorial, esto es, un recuerdo que vuelve a hacer presente y operante el acontecimiento que evoca. La oración sobre las ofrendas recoge esta idea: *cada vez que celebramos la eucaristía, memorial de la muerte de Jesús,*

se realiza de nuevo la obra de nuestra redención.

• Oración después de la comunión (futuro)

La oración que dice el sacerdote después de la comunión nos hace mirar hacia el futuro: *la eucaristía sólo nos saciará plenamente en el reino eterno*. La resurrección de Jesucristo es el inicio de una nueva creación que culminará, al final de los tiempos, cuando nosotros resucitemos y su gloria invada toda la tierra. Mientras tanto, como prenda de esa gloria futura celebramos la eucaristía, nos alimentamos con el cuerpo y la sangre de Cristo resucitado. La eucaristía es, pues, un anticipo del banquete definitivo del reino que nos da las fuerzas necesarias para caminar por este mundo. Pero no debemos olvidar que sólo cuando nos sentemos a la mesa del banquete del reino de los cielos alcanzaremos la plenitud de vida que la celebración eucarística siembra en nosotros.



La cena pascual

Cena pascual del pueblo judío, cena pascual de Jesús, cena pascual de la Iglesia

Las tres lecturas de la misa de la cena del Señor ponen ante nuestros ojos el acontecimiento que hoy se celebra: la cena pascual. Cada una de estas lecturas está centrada en un momento diferente de la historia de esta fiesta: la primera lectura describe la cena pascual judía, el evangelio nos acerca a la cena pascual de Jesús y la segunda lectura narra la cena pascual celebrada por la Iglesia.



• *Cena pascual del pueblo judío*

La primera lectura (Ex 12,1-8. 11-14) recoge las instrucciones dadas por Dios a Moisés y a Aarón sobre la cena de Pascua: cuándo, qué, cómo y por qué deben celebrar los judíos esta fiesta, de generación en generación, en honor de Yahvé, su Dios.

¿Cuándo? El día catorce del primer mes del año.

¿Qué? Cenarán un cordero o cabrito de un año, macho y sin defecto alguno, asado a fuego, acompañado de pan sin fermentar y verduras amargas.

¿Cómo? Cenarán a toda prisa, con la cintura ceñida, las sandalias en los pies y un bastón en la mano.

¿Por qué? Porque esa noche es la Pascua, el paso del Señor.

Esa noche Dios iba a pasar por el país de Egipto dando muerte a todos sus primogénitos, hombres y animales, consiguiendo así que el faraón dejara marchar al pueblo de Israel de Egipto, donde vivía esclavizado. Una cena, la cena pascual, sería el punto de arranque hacia la libertad. Tal importancia tuvo que cada año, en esa misma fecha, el pueblo judío repetía esa cena para recordar y actualizar el paso del Señor que les liberó de la esclavitud.



• *Cena pascual de Jesús*

El evangelio (Jn 13,1-15) se encuadra en la última cena pascual celebrada por Jesús con sus discípulos, cuando modificó su sentido instituyendo la eucaristía. El texto narra, dentro de esa cena, el lavatorio de pies.

Puede parecer extraño que se lea este pasaje en lugar del relato de la última cena de Jesús que, aunque en el evangelio de Juan no aparece, sí que lo encontramos en los otros tres evangelios. La intención de Juan es señalar el vínculo indisoluble que existe entre el servicio-amor a los demás y la eucaristía. Jesús establece la eucaristía como recordatorio y actualización de su muerte. Ésta es

la máxima expresión de su amor a los hombres y a las mujeres, por tanto, también podemos afirmar que la eucaristía es el recordatorio de su amor vivido hasta las últimas consecuencias. Participar en el banquete eucarístico conlleva poner en práctica lo que en él se celebra. Quienes participan de este banquete deben vivir de ese mismo amor, un amor que se manifiesta poniéndose al servicio de los demás, poniéndose a los pies de los demás.

Gestos de la celebración

• *Cena pascual de la Iglesia*

La segunda lectura (1Co 11,23-26), que cronológicamente ocuparía el tercer lugar, nos remite a la Pascua que celebraban los primeros cristianos. Es el primer documento cristiano que habla de la eucaristía. La Iglesia, siguiendo el mandato dado por Jesús en la última cena, continúa celebrando la cena pascual -la eucaristía desde aquella noche- como actualización de la muerte de su Señor.

Nuevo significado de la cena pascual judía

El nuevo significado otorgado por Jesús a la cena pascual del pueblo judío aparece escuetamente en el prefacio. Éste nos indica que la cena pascual es, a partir de la última cena de Jesús, la conmemoración de la entrega de su vida por nuestra salvación. Se mencionan también en este texto las variaciones que introdujo Jesús en el ritual de la Pascua, una referida al pan y otra referida al vino, que dieron origen a la eucaristía, destacando la finalidad que tienen ambas especies: *su cuerpo* (el pan) *es alimento que nos fortalece* y *su sangre* (el vino) *es bebida que nos purifica*.

Gestos simbólicos de la celebración

La misa de la cena del Señor cuenta con diversos gestos simbólicos que pretenden ser expresión sensorial de lo que se celebra.

• *Repique de campanas*

El primero de estos gestos tiene lugar al comienzo de la celebración, en los ritos iniciales: durante el himno «Gloria a Dios en el cielo» repican las campanas. Éstas ya no se vuelven a tocar hasta la vigilia pascual, en la noche del sábado santo, que nuevamente suenan durante ese mismo canto. Este repique tiene como finalidad que los enfermos y ancianos que no pueden asistir a la misa de la cena del Señor adviertan el inicio del Triduo pascual y puedan unirse espiritualmente a la celebración.

• *Lavatorio de pies*

Después de la homilía se realiza el lavatorio de pies. El presidente de la celebración, imitando el gesto que hizo Jesús en la última cena, lava los pies a doce varones. Es una catequesis gráfica del mandato nuevo dado por Jesús a los apóstoles en la última cena: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado* (Jn 13,34). Este amor se visibiliza poniéndose al servicio de los demás, poniéndose a los pies de los demás.

Este rito es, única y exclusivamente, una representación del lavatorio de pies que hizo Jesús aquella noche en el cenáculo, no tiene ningún sentido simbólico o sacramental y, mucho menos, penitencial. Se toma el evangelio de Juan (Jn 13,2-5), como si fuera el guión de una obra teatral, y se pone en escena: el sacerdote se quita la casulla, como Jesús se quitó el manto, y trae consigo una toalla, también imitando a Jesús, lava los pies a doce hombres, que representan a los doce discípulos (es por esto por lo que el misal pide que sean varones).



Gestos de la celebración

● *Reserva solemne del santísimo sacramento*

Otro de los ritos propios de esta eucaristía es la reserva solemne del santísimo sacramento, esto es, el pan consagrado. Dado que el viernes santo no hay celebración eucarística, es necesario guardar pan consagrado para poder repartir la comunión al día siguiente. Por eso, el jueves santo, tras la oración que sigue a la comunión, se traslada de forma solemne el santísimo sacramento hasta el lugar donde se va a reservar y se invita a los fieles a que hagan un tiempo de adoración de este sacramento durante la noche. Junto al sentido práctico de este gesto como es guardar pan consagrado para la celebración del viernes, se sitúa su sentido teológico: adorar el sacramento que Jesús instituyó en la noche del jueves santo. No se debe rezar el viacrucis estando el Santísimo expuesto para la adoración.



● *Celebración continua*

La misa de la cena del Señor no tiene bendición final ni despedida. Esta omisión tiene, por una parte, un sentido práctico: permitir que los fieles puedan quedarse adorando la eucaristía el tiempo que deseen. Y, por otra parte, también podemos descubrir en este gesto un sentido más profundo ya que pone de manifiesto la unidad celebrativa del Triduo pascual. Durante estos tres días se conmemora un único acontecimiento: el paso de Cristo, a través de la muerte, a una nueva existencia inmortal y gloriosa. En consecuencia también la celebración es única:

comienza el jueves santo y concluye en la vigilia pascual de la noche del sábado santo. Un único acontecimiento a conmemorar por medio de tres momentos celebrativos distintos: misa de la cena del Señor, celebración de la pasión del Señor y vigilia pascual. Cada celebración subraya un momento diferente de la Pascua de Cristo: última cena, pasión y muerte, resurrección. Por eso tanto el jueves santo como el viernes santo ni se bendice ni se despide a la asamblea, ya que la celebración del viernes es continuación de la del jueves e igualmente la vigilia pascual de la noche del sábado es continuación de la celebración del Viernes.

● *Se desviste el altar*

Terminada la celebración se quitan los manteles del altar hasta la vigilia pascual, ya que hasta entonces no se volverá a celebrar la eucaristía.

● *Se retiran las cruces*

También se quitan, o si esto no es posible se tapan, las cruces de la iglesia para que el viernes santo se pueda presentar una sola cruz de forma triunfante y solemne sin que otras cruces puedan distraer nuestra atención.